

RELIGIÓN Y PATRIA

PERIÓDICO QUINCENAL CON CENSURA ECLESIASTICA

Declarado de utilidad catequística en el Congreso Catequístico Nacional de Granada, 1926

Fundador: **JUAN ORTEA FERNÁNDEZ**

Precio de suscripción
Cada 5 números mensuales,
pesetas 1,50 al mes

"Este precepto os doy: amaos los
unos a los otros como yo os he
amado".

(Jesucristo a sus discípulos).

Dirección y Administración:
Muralla, 7- 1.º Telf. 3988
GIJÓN

MISAS CON COTILLON

Era la víspera de Navidad, y en una lujosa estancia de cierto palacio de Madrid preparaban, un caballero y una señora, un **Nacimiento**. Era aquél un Nacimiento a la española y a la antigua, con todos sus intrincados laberintos y toda sus graciosas impropiedades. Rocas de corcho y papel encolado que sostenían una Belén de cartón: bosques de lentisco, ríos de cristal, chozas de paja, pastores y zagalías de barro, que bajaban por todas las veredas de la montaña, cargados de tortas, pavos y gallinas que ofrecer al Niño: rebaños de vacas y ovejitas que pacían mansamente en prados de serrín verde: bandadas de pájaros no clasificados en ninguna fauna conocida, perseguidos por cazadores que les disparaban sus escopetas, sin esperar a que Schwartz inventará la pólvora. Un devoto ermitaño hacía resonar la campana de su ermita tocando a Misa, a media legua escasa del rey Herodes, que aparecía en la ventana de su palacio para contemplar la degollación de los inocentes: más lejos asomaba por la boca de un túnel un ferrocarril cargado de pavos, panderetas y zambombas; y allá, en el último término, se divisaba la brillante comitiva de los Reyes Magos, atravesando un puente. Al pie de la montaña se hallaba la gruta, y en ella dormía el Niño Divino en su camita de pajas: a su derecha le contemplaba la Virgen arrobada, y a su izquierda le contemplaba también San José, apoyado en su florida vara. La mula y el buey se mantenía en el fondo a respetuosa distancia, y a la entrada de la gruta dos guardias civiles, de gran gala, ordenaban a la multitud de pastores que habían llegado ya, deseosos de adorar al Niño. En los aires, suspendidos de invisibles hilos elásticos que les imprimían un suave movimiento, veíanse gran número de ángeles sosteniendo banderolas con letras de oro que decían: **Gloria in excelsis!**

Hallábase el caballero, de que hicimos mención, subido en lo alto de una escalera de manos, poniendo en orden la turba de palafreneros, pajes, soldados, caballos dromedarios que formaban la comitiva de los Reyes Magos. Era un joven de unos treinta años, vestía traje

de casa, y un criado le iba alargando desde el suelo los personajes del séquito regio: llamábale señor Marqués, y le daba siempre el tratamiento de excelencia. La señora parecía más joven, el caballero la llamaba Elvira, y los dos criados le decían también señora Marquesa.

De repente sonó una estrepitosa carcajada detrás de la cortina que cubría la puerta del fondo. Sorprendido el Marqués, se volvió en lo alto de la escalera con el rey Melchor en la mano, y estupefacta la Marquesa dejó escapar media docena de aquellos diminutos palmípedos, que comenzaron a patinar, más bien que a nadar, en aquel río verdaderamente cristalino: al mismo tiempo se precipitó en la estancia una señora joven, envuelta en un abrigo de terciopelo azul guarnecido de martas, y se dejó caer riendo en un sofá, sin sacar las manos de su manguito de pieles.

—¡Magnífico!, ¡portentoso!, ¡admirable!—exclamaba sin cesar de reír— ¡Qué grabado tan bonito para una revista! Cuadro de costumbres patriarcales.

—Pero ¿por dónde has entrado?—dijo al fin la Marquesa.

—Pues, hija, por la puerta, y sosteniendo una batalla campal con ese «Bruin» (oso) de librea que tienes en la antecámara. «¡Que los señores no reciben!», decía; y yo, haciéndome la sorda, me entré de rondón, y he llegado a tiempo de contemplar a estos papás de tiempos bucólicos preparando el Nacimiento para su niño... ¿Y dónde anda Alvarito, que no le veo cosido a tus enaguas?

—Lo he mandado al Retiro con miss Folck, porque quiero que todo esto le coja de sorpresa.

—Y por cierto—dijo el Marqués desde lo alto de la escalera—que a lo mejor se entra por las puertas, y seremos nosotros los sorprendidos.

—¿Quiere decir eso que estorbo?... Pues paciencia, primo mío, que para estos casos se inventó aquello de sufrir con ella las flaquezas de nuestros prójimos; y no he salido yo de mi casa con un frío de seis grados bajo cero para irme sin ver este portento de tus manos.

Y acercándose la señora al Nacimien-

to, comenzó a recorrerlo todo con la vista, diciendo en tono burón:

—¡Ay qué bonito!... ¡Los pastorcitos y las vaquitas!... ¿Cómo hacen, Elvira? ¡mu! ¡mu!; y las ovejitas, ¡be! ¡be!; y los pajaritos, ¡pi! ¡pi!... Mira, Alvaro, qué bonito está todo.

—Si quieres venir por acá esta noche—dijo el Marqués—tocarás la zambomba mientras nosotros hacemos la ofrenda.

—Me parece que la harás tú solo... Incivil e inculto, que ni siquiera por respeto a una dama has bajado de esa escalera... Lo que es esta noche, tu esposa no cenará contigo requesones; que me la llevo yo a que cene en mi casa «foie-grás» y pavo «truffé»... Sólo para convidarla he venido.

—¿Das algún baile?

—No: doy una Misa del Gallo.

Fué tal el flujo de risa que estas palabras seriamente pronunciadas causaron a los dos esposos, que la misma dama acabó también por reírse.

—¿Una Misa del Gallo?—exclamó el Marqués—. ¿Y quién la dice?... ¿Tú o tu marido?

—Mi señor marido—respondió la dama con cierta amargura—se divierte en el senado haciendo leyes.

—Y su señora mujer se divierte en casa diciendo Misa—le interrumpió el Marqués.

—¡Pues claro está!... Ayer se me ocurrió la idea, que por lo nueva ha de causar efecto... Y eso que estaba de un humor de perros... Figúrate que me habían mandado de París un sombrero de invierno, con un gran pájaro lindísimo, como no he visto en Madrid otro. Apenas lo había sacado de la caja, se me entran en el tocador los seis niños con una dichosa perra perdiguera que les ha regalado su padre... Ver la perra el sombrero, creer que el pájaro era una perdiz, y lanzarse a él y llevárselo entre los dientes, todo fué uno... Yo chillaba, los chiquillos reían, la perra ladraba, los criados corrían azorados... En fin, hija, allá en las caballerizas pudieron arrancar a la perra el sombrero; que estaba ya como puedes figurarte.

Los dos esposos reían a carcajadas; la dama decía muy seria:

—Sí; reíos, reíos, que el caso es de risa... Te aseguro que si hicieran a Herodes ministro de Fomento, me hacía ministerial hasta los huesos.

—¿Y no podría la modista arreglarte

un bonete con los restos del sombrero?—preguntó el Marqués riendo—. Te serviría esta noche para decir la Misa del Gallo...

—Calla tú, y entretente con tus Reyes Magos, que nada quiero contigo—respondió la dama; y dirigiéndose a la Marquesa, añadió: ¿Conque te espero a las diez?... Bailaremos hasta las doce: a esta hora nos dirá el Capellán la Misa en el oratorio: cantará el cuarteto de la Capilla Real, que es delicioso; pero la Misa será cortita... Luego cenaremos alegremente, y volveremos a bailar otro par de horas. Tendremos allí a todo Madrid, porque, a pesar de la premura del tiempo, a todo Madrid he convidado.

—Pero ¿hablas formalmente?—preguntó la Marquesa.

—¿Pues digo acaso algún disparate?

—Un disparate, no—replicó el Marqués con vehemencia—. ¡Una herejía, sí!

—¿Y en qué he faltado a la fe, señor teólogo?

—¿A la fe?... y a la esperanza, y a la caridad, y a la prudencia, justicia, fortaleza y templanza, que son tres virtudes teológicas y cuatro cardinales.

—¡Oiga!... y qué presente tienes el catecismo de Ripalda.

—Como que sobre no haberlo olvidado yo, se lo enseñé todos los días a mi hijo.

—¡Oh papá modelo!... Lástima que no se lo enseñara también a los míos el Licurgo de su padre, en vez de regalarles perras perdigueras.

—Y si fueras tú a la clase con ellos, aprenderías a no dar en tu casa Misas del Gallo.

—Pero ¿me querrás decir lo que en esto te escandaliza.

—¿Pues te parece poco escándalo el de convidar para una Misa lo mismo que convidarías para un «the dansant»?

—Mucho has variado, primo; porque cuando estabas en Irlanda, y por Navidad nos llevaba el abuelo al Castillo de Lord Gray, bien te entusiasmaba la Misa solemne que allí decían.

—¿Y quieres comparar una fiesta de familia, y de familia modelo, en que se dice una Misa con toda la devoción y solemnidad que el caso requiere, con una Misa que se dice y que se oye para descansar de bailar y hacer ganas de cenar.

—¡Vaya!—dijo picada la dama—. Era lo que me quedaba por ver: un capitán de artillería con escrúpulos de monja.

—Pues más he visto yo—replicó el Marqués también picado—: una señora Baronesa con conciencia de gastador.

Y al decir esto, dió distraído tan fuerte golpe en la escalera con el rey Melchor, que le rompió la cabeza. Fué tanta y tan cómica la cólera del Marqués al ver decapitado al inocente rey, que las dos señoras soltaron a reír.

—¡Anda!... ¡Me alegro!—dijo la Baronesa, dando con el pie a la cabeza del monarca, que rodaba sobre la alfombra—. Esa inocente víctima aplaca mi ira.

—¡A mí me importa poco tu ira!—gritó el Marqués, a quien acabó de exasperar la risa de la dama—. Pero sábete que ni mi mujer, ni yo, ni mi hijo, ni

nadie de mi casa pondrá los pies en tu Misa del Gallo... Eso es una irreverencia, una profanación, casi un sacrilegio; y si el Vicario de Madrid se entera, por lo menos te excomulga... Lástima que no hubiera Inquisición, y saldrías por las calles de Madrid emplumada con todos tus tertulianos... ¡Bonitos pavos de pascua para tiempo de Navidades!

—¡Pero, Alvaro!—exclamaba apurada la Marquesa, viendo que la cosa iba de veras—. ¡Calla, por Dios!

—¡Pues no callo, que son las mujeres el diablo!

—¡Te equivocas!—gritó la Baronesa pálida de ira—. ¡Jamás he visto pintar «diablas»!... ¡«Diablos» son siempre los que pintan—

—No le hagas caso, Inés.

—¡Mucho le haré a tu marido!—decía la Baronesa, dirigiéndose a la puerta, seguida de su prima, que en vano procuraba calmarla.

—¡Al diablo no se le ocurre otra!—decía, procurando unir al tronco la cabeza del Rey Melchor para ver si era posible la cura—. ¡Digo! y del puntapié que le dió le ha desconchado las narices... ¡Cuando digo que la tal prima Inés tiene menos seso que el Rey Melchor!... ¡Entretenerse con una Misa como quien se entretiene con una comedia!... Y lo peor es que pondrá la ocurrencia de moda, y tendremos en Madrid Misas con cotillón y cenas con introito.

A poco volvió la Marquesa entre risueña y apurada.

—La pobre Inés se ha ido furiosa—dijo.

—Pues que vaya al Senado a pegarla con su marido.

—Sí, hombre; pero has estado duro con ella.

—Verdad que estuve durillo; pero el Rey Melchor tuvo la culpa. Me dió tal coraje al verlo roto, siendo el que había de gustar más al niño, que se me fué la lengua y se me escapó la verdad.

—Y justamente la verdad es la que más punza.

—Locas como Inés, bien necesitan oírta.

—Verdad que es ligera; pero tiene el corazón más hermoso que he visto.

—Y la cabeza más destornillada que he conocido.

—Y nos quiere como a hermanos, y a nadie tiene en el mundo que la aparte de sus locuras.

—Es verdad... Pero ¿qué hemos de hacerle?

—Si tú quisieras...

—¿Qué?

—Podría convidar a sus niños para que viniesen a pasar la noche con Alvarito... Esto la aplacaría.

—Pues convídalos, y que vengan... Con eso aprenderán los pobres chicos en casa ajena lo que no aprenden en la propia.

Alborozada la Marquesa, se dirigió a la puerta para mandar poner el coche; el Marqués la siguió con una mirada que rebosa a amor y dicha.

—¡Mira!—le gritó al verla desaparecer—. Dile también que envíe a la perra perdiguera con su sombrero de invierno... Así la satisfacción será completa.

La Marquesa se echó a reír, y el Marqués se quedó diciendo:

—¡El diablo son las mujeres... cuando no son ángeles como Elvira!

Luis Coloma, S. J.

Dañosos contrastes

En las dolorosas alternativas de nuestra vida económica a través de los azares de postguerra—unas veces clareando el horizonte con la alegría de una buena cosecha, otras amenazando la sombría desesperación de un trato extranjero injusto y de una sequía desoladora—entramos en un período difícil y oscuro: el del próximo invierno. La gente se queja; la vida encarece; los racionamientos son insuficientes; ningún sueldo llega: hay hambre.

No tratemos de desoír el rumor sordo de los barrios humildes emborrachándonos de lujo en los bulevares céntricos. Es nuestro deber repetir que hay hambre y malestar, aunque los escaparates se embellezcan, aunque los cines reboosen, aunque florezcan los jardines sobre el cemento de ayer, aunque los periódicos se distraigan en el comentario de sucesos antípodos.

Sabemos que el remedio no es fácil, porque estamos ahogados de dificultades complejas y entrelazadas, que llegan desde el bajo nivel de los embalses hasta las consecuencias universales del resquebrajamiento de las monedas europeas. Muchos extranjeros de buena voluntad admiran la serenidad, la fortaleza de espíritu de trabajo con que los españoles afrontamos nuestro duro destino de estos últimos años, para intentar salir a flote de conjuras y desgracias. Pero precisamente en esta línea de serena actividad, para que Dios nos ayude ayudándonos nosotros, tenemos que señalar la necesidad de poner por delante de todo otro objetivo la normalización del suministro de víveres, empezando por el pan y los alimentos básicos de las clases populares. Sirve de poco ver estallar de inaccesibles embutidos las ventanas de las tiendas, mientras no haya legumbres en cantidad suficiente para hacer imposible el estraperlo e inútil la oferta clandestina por los pisos.

No basta ofrecer para racionamiento semanal lo que se consume en un día, y dejar que se busque el resto en una competición de precios que anula cualquier posible ventaja obtenida con los cien o doscientos gramos semanales del suministro oficial.

Junto a esta realidad cruda y sin paliativos es insultante todo despilfarro y toda ostentación, bien sea de los particulares, bien de altos o bajos organismos. Un recorte a los gastos suntuosos se impone. En lugar de esperar a que una normalización de las circunstancias deje comer a los pobres, bien pueden relejarse para cuando las circunstancias sean normales ciertos gastos de acicalamiento y coquetería privada o pública.

Que para toda la Acción Católica Española la consigna sea: vida más austera y mucha más caridad.

(De la revista «Ecclesia»)

CONSIDERACIONES SOBRE LA DOCTRINA DEL EVANGELIO

Por las carreteras de Palestina caminan María y José, para cumplir la orden del Gobernador de Siria Quirino, de empadronarse cada uno en su propia ciudad.

La joven esposa lleva sobre sí los síntomas de una próxima maternidad. Y a pesar de las incomodidades del viaje, obedece al Poncio que ha dictado la ley para todos.

La maternidad se precipita y el matrimonio no encuentra cobijo para la apurada situación.

En la ciudad no hay sitio. Los hospedajes no los reciben y la caridad les cierra todas las puertas.

Una cueva que en sus buenos tiempos fué pesebre, les sirve de refugio en la noche. Unas hierbas hacen de cama a quien pronto ha de llegar a este mundo, las mantas del viaje cubrirán la desnudez del cuerpo del hijo que va a llegar.

Jesús de Nazaret viene al mundo, abandonado de los hombres y en medio de la mayor miseria.

Comenzaba su predicación, enseñándonos la humildad.

En estos días que se conmemora el aniversario de este nacimiento que ha trastornado a la humanidad entera, modificando sus leyes y sus doctrinas fundamentales, estableciendo normas nuevas de convivencia social, que ha servido de base para organizar, incluso, un nuevo cómputo del tiempo; en estos días las familias se reúnen en una mayor intimidad, celebrando con regocijo la fecha del nacimiento, entonando cánticos de júbilo, reconstruyendo con sus **nacimientos** la escena gloriosa que recordamos, y dedicando una mayor atención a nuestros hijos.

Estas fiestas familiares deben de tener el sano sabor de fiestas íntimas de familia. Reunidos todos, padres e hijos, lo mismo para los rezos de estos días, que para la celebración del regocijo que en las mismas se organiza, con las cenas familiares, los cánticos, y toda aquella alegría propia de una fiesta de Navidad; pero sin olvidar lo fundamental, o sea, el objeto de las fiestas.

Que estas no sirvan para escándalos y excesos, para abusos en el comer ni en las horas normales del regocijo. Que no se tomen las fiestas de un día al año para llegar a toda clase de abusos, desde el despilfarro económico hasta la falta de consideración a los vecinos que tienen que soportar la insulsa, grotesca y chabacana diversión de quienes no saben divertirse, respetando los derechos ajenos al descanso, y creen que es más de circunstancias el prolongar la diversión hasta el amanecer para darse tono al día siguiente de estar cansados, con mucho sueño, y hasta de no haber podido ir a Misa.

Entre personas de inteligencia normal, estos excesos, que cometen algunas personas, saben muy bien calificar

los y les dan idea de la mentalidad de quienes así obran en estos días clásicos de Navidades. Por eso miramos con gesto despectivo el espectáculo vergonzoso del trasnochador que atraviesa las calles en la mañana siguiente, causando la risa de muchos y exhibiendo la figura grotesca que ha quedado de una noche de incomprensible diversión.

Días de fiestas familiares, de alegría íntima, de padres e hijos, de recuerdos alegres, cuyo fin principal es honrar al Dios Niño que ha nacido rodeado de privaciones y careciendo hasta de lo más indispensable: de un hogar y de una cuna. Triste escena que los siglos no pueden borrar de nuestra imaginación y cuya lección hemos de tener presente.

Y el Ángel del Señor se apareció entre los pastores diciendo:

—No temáis, porque os vengo a dar la buena noticia de un gran gozo para todo el pueblo, y es que ha nacido un Salvador en la ciudad de David.

R.

PLEGARIA de un NIÑO

Dios de los niños, dame una estrella;

no me la niegues, ¿por qué será

que al no tenerla me pongo triste

y al deseársela quiero llorar?

¡Dámela pronto, dámela pronto,

que a Ti te quedan aún muchas más!

¡Mira, Dios mío, que yo una noche,

cuando tú duermas, ya lo verás,

he de robártela, cuenta con ello,

y ya en el cielo no brilla más.

Todas las noches sueño con ella,

y cuando miro lo alta que está

¡me da una pena pensar el tiempo

que ir a buscarla me llevará!

¡Dame la estrella, no me la niegues,

que a Ti te quedan aún muchas más!

Amada DIAZ DEL CUETO

Hágase tú voluntad

En mísera alcoba, junto a la cuna vacía de su hijo, lloraba sin consuelo una pobre mujer.

—¡Señor! ¿Por qué me has quitado mi único amor? ¿Por qué has permitido que muriese mi hijo, que era la alegría y la esperanza de mi vida?.. Tanto como te he rogado que lo curases, Jesús mío; ¿por qué no me has escuchado?..

—Dios ha hecho lo que usted le ha pedido — dijo a sus espaldas un sacerdote, interrumpiendo los lamentos de aquella madre desolada.

—¿Yo? ¿Yo se lo he pedido? ¿Cómo? ¿Cuándo?

—¿No es usted cristiana?

—Sí.

—Pues, cada vez que usted ha rezado el "Padrenuestro se lo suplicaba:"... hágase tu voluntad, así en la tierra como en el

cielo.. " Y Dios ha hecho su santa voluntad.

—Pero yo no comprendo cómo es posible que Dios, que es tan bueno y tan misericordioso, me castigue así.

—No es castigo la muerte de un ser querido; antes al contrario, muchas veces evita mayores disgustos.

—¿Mayor que el mío?

—Sí, mayor, mucho mayor. Recuerdo que años atrás, mientras estaba yo celebrando la Misa en la parroquia, una mujer con entrecortados sollozos pedía que un milagro salvase a su hijito, desahuciado de los médicos. Y el niño curó de aquella enfermedad considerada mortal.

—¡Qué suerte!

No tanta como usted piensa; justamente hoy, antes de venir aquí, he sido llamado con urgencia por aquella misma mujer de los lamentos, para que acudiese a toda prisa a su casa a administrar los últimos sacramentos a aquel hijo, hoy ya casado y padre de dos niños de corta edad.

—¿Y bien?

—He llegado tarde: ya había fallecido.

—Pero esto nada tiene de particular. Todo mundo a de morir un día u otro.

Es que él ha dejado un hogar menos tranquilo que cuando estuvo enfermo quince años atrás.

—En cambio, hoy tiene más que lo lloren.

—Ciertamente, y más que recen por él.

—Satisfecha estaría yo con que mi hijo hubiese vivido quince años más.

—¿Aunque hubiese muerto como el hijo de aquella mujer?

—Sí.

—Es que no sabe usted de qué ha muerto.

—Lo mismo da.

—No, no da lo mismo. No ha muerto de enfermedad, sino que ha querido morir, sin acordarse de sus hijos ni de su madre.

—No le entiendo a usted.

—Pues que por una pequeña contrariedad con su esposa, que es una buena hija, buena mujer y buena madre.... él, que ya en vida era poco temeroso de Dios..

—¿.....?

—El infeliz se ha suicidado.

—¡Desgraciado! ¡Dios lo perdone!

—¡Es verdad!

—Vea si esta desgracia no es peor que el que haya abandonado el ángel de usted su cuna para volar al cielo.

—¡Tiene razón, padre quién sabe lo que pudiera haber sucedido!

Y aquella madre cristiana, afligida, sí pero resignada, cayó de rodillas al suelo y murmuró una oración.

El ministro del Señor solamente oyó:

"... Hágase tu voluntad así en la tierra como en el cielo."...

Comentando

ORACION DEL FARISEO

Gracias te doy, Señor, porque me has hecho distinto que los otros mortales. Por tu misericordia me doy cuenta de la verdad, y mi vida se desliza suave y cómoda, quizás en premio de mis virtudes. Tú que ves mi intención, sabrás comprenderme y sabrás explicar mi

conducta que, ciegos, los hombres critican. Tú, con tu sabiduría ahondas en los corazones y en las conciencias, y al ver la mía clara dentro de un corazón lleno de amor al prójimo, sabrás explicar y comprender lo que los hombres en su juicio malicioso condenan.

Te agradezco la buena marcha de mis asuntos y negocios. Desde lo más recóndito de mi alma, te doy gracias por la dependencia que me deparaste, que en su fidelidad a mi persona y a mis cosas, no dudan en aceptar mis aseveraciones sin protestas y acatan mis determinaciones con una sonrisa en los labios.

Gracias, Señor, por esos colaboradores que, al darse cuenta de la nobleza de mis sentimientos y de la pureza de mis intenciones, sin rebajarse a analizar el efectivo de mis negocios, aceptan sin titubeo las cortapisas que en sus utilidades la razón imperativa y la defensa natural de mis intereses les pone. Gracias, Señor.

También estoy reconocido a tus bondades, que hacen que mis dependientes se resignen a no disfrutar ni de los acontecimientos familiares más íntimos, en beneficio de mis propios intereses, y que no desperdicien, avaros de mi fortuna, ni un solo minuto de las horas de trabajo que por ley me deben. Y que se avengan a dar por saldados sus cobros, incluso los extraordinarios, con la disminución que en mi conciencia, siempre recta y limpia, creo conveniente, en mira de que mi negocio vaya a más. Ya sabes, Señor, que tiendo a que mis asuntos mejoren, porque al mejorar, mejorará también el bienestar de los míos, con la alegría de haber cooperado a mi bien.

¿Cómo no agradecerte, Señor, estos

favores, por otra parte merecidos, como Tú sabes, ya que Tú ahondas en las conciencias? Sigue favoreciéndome, que yo lo sabré agradecer eternamente. De sobra sabes que todas las cortapisas que a mi conciencia pongo, no son debidas a exceso de debilidad ni de ansias de ganancias, sino solamente a un derecho de defensa contra los que pueden amenazar lo que en justicia necesito. Por eso, Tú que conoces a fondo los corazones, sabrás comprender mi conducta y censurar las acusaciones que en sus conciencias, siempre pobres, puedan suscitar los que a mi sombra viven y de mi sombra medran. Perdónales, Señor, como yo los perdono, y haz que comprendan que la vitalidad de mis asuntos es superior a las apetencias más o menos justificadas de los que a mí se deben. Abre sus ojos, Señor, para que la realidad de mis buenos sentimientos no se cieguen en pedir bienestares particulares en mengua de lo que para ellos debe de ser principal.

Que sigan como hasta ahora, Señor. Ya ves que yo lo merezco, y que, al fin y al cabo, ellos no son ni más ni menos, otra cosa que instrumentos puestos a mi disposición para la finalidad de mi negocio.

Que sigan como hasta ahora sin exteriorizar sus malos pensamientos, y que vean en mi triunfo el triunfo de la virtud, para que les sirva de provecho espiritual a sus almas. Por los siglos de los siglos. Amén.

HERO

"GONDEL"

Multicopista Americana

Alvarez Garaya, 25

GIJON

Tel. 4039

Reyes Magos:

Máquinas de coser y bordar

"ALFA"

Exposición y venta: Alvarez Garaya, 25
(esquina a Langreo) - GIJON

Almacenes

Arbués

Materiales de Construcción

Covadonga, 27 - Teléfono 18-17

GIJON



Ornamentación Religiosa Artística

Talleres de Escultura, Talla y Dorado

DE

José Romero Tena e Hijo

Se construyen en maderas y decoran toda clase de Imágenes - Altares - Retablos, Andas - Carrozas - Pasos de Semana Santa - Sagrarios y todo lo concerniente a la decoración de Iglesias, Oratorios y Capillas.

Calle Hierros de la Ciudad, n.º 6
Junto a la Plaza de la Virgen)

VALENCIA

CESAR A. PRIETO

Pintor y Constructor de Obras

Avda. del Molinón, 2-Tel. 3115

GIJON

ANTIGUA FUNERARIA

— DE —

Feliciano Rodríguez

Fundada en 1874

La más antigua de la provincia

Moros, 40

GIJON

Teléfono 17-20

VINOS PARA MISA

y selectos para mesa

AGUSTIN SERRANO

COSECHERO

MANZANARES

Proveedor del S. P. Vaticano

JOYERÍA-PLATERÍA-RELOJERÍA

Vda. de Melchor Osorio

Relojes, joyas y artículos
para regalo

Moros, núm. 13 GIJON Teléfono 3382

ALMACENES LA SIRENA

J. A. M. S. A.

PAÑERÍA - SEDERÍA - LANERÍA
CONFECCIONES - ALGODONES

Corrida, 81

GIJON

Moros, 56

La Caja de Ahorros de Asturias

Destina sus utilidades INTEGRAMENTE a la constitución de sólidos Fondos de Reserva, para garantía de sus Imponentes, y a obra benéfico-social, preferentemente al sostenimiento del preventorio anti-tuberculoso de altura, gratuito para cien niños asturianos.

CASA INFANTIL COVADONGA

Pola de Gordón (León)